



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS

LECTURA SESIÓN 10

CT 116 LITURGIA II

Álvarez, Carmelo. “Proclamar el Evangelio del Reino: Misión de la Iglesia primitiva”. En *Y el verbo se hizo carne: desafíos actuales a la predicación evangélica en la América Latina*, editado por Amós López, 81-87. La Habana: Caminos, 2010.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

*Proclamar el Evangelio del Reino:
Misión de la Iglesia primitiva*
Carmelo Álvarez*

Este artículo pretende esbozar tres dimensiones de la proclamación cristiana: la proclamación como tradición viva que la Iglesia transmite a partir de las tradiciones oral y escrita; la centralidad de la proclamación de Jesús como Evangelio del Reino y la proclamación desde Jesús y la Iglesia como responsabilidad que asume esta última hoy.

La proclamación cristiana: Tradición y transmisión

El apóstol Pablo afirma en 1 Co 11,23a: “Porque yo recibí del Señor lo que les transmití...”. Pablo está compartiendo una tradición dada que debe ser transmitida, compartida. La palabra *parádoxis* significa “cosa entregada”, “algo compartido” de generación en generación. Los estudios bíblicos de las últimas décadas nos han confirmado cada vez más que existió una tradición oral muy extendida, acompañada por una tradición predicada (que en muchos casos se complementaban) con un propósito exhortativo, parenético, de instrucción moral y pastoral.

La doctora Irene Foulkes, reconocida biblista y lingüista, en su enjundioso estudio sobre la Primera Epístola a los Corintios, nos ofrece una explicación bastante clara del tema. En primer lugar, Pablo comparte “una tradición de Jesús” que probablemente se había enseñado extensamente en las iglesias paulinas. De esto se pueden sacar varias posibles explicaciones. La primera de ellas que Pablo señala es que Jesús constituye la fuente original de una transmisión en cadena de las palabras de institución de la Cena. La segunda posibilidad es que Pablo sí esté reclamando que fue por revelación divina que conoció los datos de la última cena. La tercera posibilidad sugiere que en la transmisión humana de la tradición acerca de la Cena, el Señor, ya exaltado, interviene directamente como agente de conocimiento, actuando a través de la comunidad de fe¹.

Las tres perspectivas, en mi opinión, tienen en común una valoración de la tradición cristiana (en este caso referida a la Cena) como algo vivo, histórico y compartido, a partir de la experiencia del Resucitado que compartieron aquellas comunidades. Creo que hay que recuperar el buen sentido de esta “tradición viva”, que en muchas iglesias evangélicas hemos perdido

* Puertorriqueño, Doctor en Teología por la Universidad Libre de Holanda. Es consultor asignado a las iglesias pentecostales de América Latina y el Caribe por la Junta Común de Ministerios Globales de los Discípulos de Cristo.

¹ Irene Foulkes, *Problemas pastorales en Corinto. Comentario Exegético a 1 Corintios* (San José: DEI-SEBILA 1996), 316-318.

como fundamento y es una razón para enfatizar tanto la tradición como algo bueno y la Cena como un acto central del culto cristiano.

El doctor J. Christian Beker, reconocida autoridad en el apóstol Pablo, nos ofrece también una distinción interesante sobre este tema de la tradición. Él distingue entre la *traditum* como el depósito de la tradición original y la *traditio* como el proceso de transmitir la tradición. Hay que reconocer el proceso histórico mediante el cual Pablo es mediador (transmisor) que adapta e interpreta². Es evidente que Pablo está compartiendo su testimonio de fe desde la experiencia litúrgico-confesional que se vive en la comunidad de fe. Además, ahora apropia la tradición rabínica (en la que fue formado) con la tradición apostólica (a la que se suma). Es por ello que también asumirá una tradición basada en el *kérygma* que Jesús y los apóstoles han transmitido. La proclamación del Evangelio del Reino como eje central del ministerio de Jesús y la fe apostólica que lo testifica, se constituye en paradigma para Pablo y para las iglesias paulinas. Dos textos prominentes lo atestiguan: 1 Co 3,11; 11,23 y 15,3.

¿En que consiste ese *kérygma*? La palabra significa mensaje, el verbo *kerysso* significa “vocear”, “anunciar” y el que porta el mensaje es el *kéryx*, el heraldo. Este énfasis en la centralidad del mensaje nos lleva a hilvanar, a intentar resumir cómo el NT asume la proclamación del mensaje evangélico. Mucho se ha discutido sobre la relación entre el *kérygma* y la *didajé* (enseñanza). Asimismo se ha insistido en el carácter ético de la proclamación apostólica y en el contenido de dicho mensaje, insistiéndose por un lado en lo esencial de que Cristo murió por nuestros pecados. Predicamos a Cristo crucificado y lo proclamamos como Señor³. Estamos de acuerdo con Michael Green en que la Iglesia primitiva proclamó el mensaje, enseñó la fe y exhortó a vivir un estilo de vida digno, con entusiasmo y convicción⁴. Veamos en qué consiste la proclamación de Jesús centrada en el anuncio del Evangelio del Reino.

La proclamación de Jesús: El Evangelio del Reino

Cuando Jesús visita la sinagoga y lee al profeta Isaías, se inscribe en la tradición profética: “Esta Escritura que acaban de oír se ha cumplido

² J. Christian Beker, *Heirs of Paul. Their Legacy in the New Testament and the Church Today* (Grand Rapids: W. B. Eerdmans, 1991), 1-31.

³ La discusión sobre la relación entre el *kérygma*, la *didajé* y la dimensión ética puede encontrarse en John Stott, *Imágenes del predicador en el Nuevo Testamento* trad. Kairós (Buenas Aires-Grand Rapids: NUEVA CREACIÓN, 1996), 27-50.

⁴ Michael Green, *La evangelización en la iglesia primitiva* trad. por comunidad Kairós (Buenos Aires-Grand Rapids: NUEVA CREACIÓN, 1997), 360-369. Cf. Carmelo Álvarez, *Celebremos la fiesta. Una liturgia desde América Latina* (San José: DEI, 1986), 49-57.

hoy” (Lc 4,21). El contexto es eminentemente litúrgico-catequético, con los complementos exegéticos y hermenéuticos. De esta manera se constituye en paradigma para su propia proclamación y para las posteriores generaciones cristianas⁵.

El pasaje de Lc 4,18-19 ofrece una riqueza extraordinaria al resaltar este paradigma y hacerlo cobrar vigencia. Muchos estudiosos del evangelio de Lucas señalan acertadamente que no es posible abordar el texto sin señalar dos elementos fundamentales: Jesús se presenta como el profeta en quien se ha cumplido esta palabra (Lc 4,21) y Jesús habla de los pobres reales, los marginados y se pone al lado de ellos. Su insistencia en hacer vigente el pasaje de Is 61 pone a las claras que la causa principal de la pobreza es la opresión. Como el Reino ha llegado para traer liberación, Jesús en su opción resalta el privilegio de los pobres que se adelantan al reinado de Dios, por el anuncio de esta buena noticia de liberación (Lc 7,22).

Jesús es presentado aquí con una praxis liberadora en su misión. El tiempo agradable del Señor retoma la utopía levítica (Lv 25,8-55) de un Jubileo que repite la experiencia del éxodo ofreciendo libertad, reforma agraria y descanso de la tierra. La práctica de Jesús asume que el Reino de Dios con su buena noticia es un nuevo Jubileo, un horizonte hacia la libertad plena con justicia⁶. Christian Duquoc afirma que la autoridad de Jesús reside en su libertad. Él es un hombre libre (de la ley, del poder político), pero esto lo logra por su cercanía al pueblo. Además, su libertad y autoridad en medio de los conflictos lo llevará a la cruz. Mediante su ministerio y persona, Jesús se impone como hombre libre⁷.

¿Cómo entender la práctica liberadora de Jesús? Hugo Echegaray lo sintetiza así:

En efecto, la Buena Nueva proclama la irrupción en el presente del Reino de Dios, esperado para el tiempo salvífico como don de lo alto; pero además, ella apela realísimamente a la responsabilidad humana en la historia y por eso comprende una enseñanza ética y disciplinaria en vistas al Reino⁸.

⁵ Yngve Brilioth, *A Brief History of Preaching* traductor. Karl E. Mattson (Minn: Fortress Press, 1965), 1-10.

⁶ Tomás Hanks, *Opresión, pobreza y liberación: Reflexiones bíblicas* (Miami: Ed. Caribe, 1982), 141-182.

⁷ Christian Duquoc, *Jesús, hombre libre*, traductor Alfonso Ortiz (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1984), 27-39.

⁸ Hugo Echegaray, *La práctica de Jesús*, (Lima: CEP, 1980), 169.

Así entendido, el Reino es don y reclamo, gracia y exigencia. Es ahí donde tiene cabida la práctica de Jesús porque “él mismo coloca al Reinado de Dios como el mensaje que Jesús trae, y a su propia vida como la exigencia más radical para su instauración”⁹. Como hombre libre, Jesús demuestra una gran capacidad para actuar en la historia a favor de los pobres y las pobres, en busca de la liberación de todas las opresiones. Esta es su gran praxis liberadora. Él liberta por su libertad y por su acción liberadora.

Jesús inicia una misión profética en la sinagoga de Nazaret y esta tiene un carácter programático para su ministerio. Es un tiempo maduro (*kairós*) con un propósito de liberación total para el ser humano. Este programa tiene concreción sus prácticas liberadoras: proclamación, enseñanza, milagros, muerte y resurrección. La utopía del Reino se transforma en realidad¹⁰. Esta realidad no deja lugar a dudas: “Esta Escritura que acaban de oír se ha cumplido hoy” (Lucas 4,21).

La proclamación de la Iglesia: Jesús y el Evangelio del Reino

La Iglesia primitiva asume que el Evangelio del Reino porta buenas nuevas que deben ser anunciadas al pueblo (Hch 8,25). Este reinado de Dios se expresa como una relación entre Dios y su pueblo. El reinado de Dios se manifiesta en medio de los seres humanos con dimensiones escatológicas (Lc 4,43). Para el Antiguo Testamento, el reinado de Dios permea las estructuras político-sociales con esperanza mesiánica. Para los profetas este reinado es universal y la promoción de la paz con justicia es fundamental (Isaías, Jeremías).

Jesús encarna, como figura mesiánica, que el Reino ya se ha acercado, que está presente, aguardando a manifestarse plenamente (Mc 1,14-15). Jesús insiste en las parábolas en estar alertas pues no se sabe cuán cerca e inminente es la llegada plena del Reino (Mt 22-25). Las parábolas de crecimiento ilustran la presencia de ese reinado.

En las enseñanzas de Jesús se insiste en la vida comunitaria como señal que apunta hacia ese reinado (Hch 1,3; 8,12; 12,8; 28,23). Para ser avanzada de ese Reino tiene que haber un cambio de actitud (conversión); hay que asumir las exigencias éticas del Reino en novedad de vida y actuación correcta (Mt 5,1-12; Flp 3,7-13).

⁹ Ibid. 178.

¹⁰ Carlos Escudero Freire, *Devolver el Evangelio a los pobres*, (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1978), 267-268.

La Iglesia es parte de ese Reino y lo acoge como un don de Dios. Lo promueve con esperanza, en la certeza de la fe y es desafiada a hacerlo fructificar. La Iglesia primitiva tuvo que experimentar y vivir en la tensión “entre el ya y el todavía no” del Reino (Oscar Cullmann). La tensión entre la historia y la escatología fue sin dudas una fuerza que dio impulso evangelizador, pero rápidamente se fue transformando en una actitud de complacencia y acomodamiento, como se verá a partir del siglo IV en la era constantiniana de la Iglesia. Sin embargo, la dimensión escatológica siempre mantuvo una relación dialéctica con la apocalíptica. Esta relación puede verse tanto en Pablo como en el Apocalipsis de Juan. La Iglesia no dejó de anunciar la buena nueva del Evangelio ni en medio de la persecución ni en tiempos de duda y adversidad. Por el contrario, el mensaje del vidente de Patmos es claro: “Dice el que da testimonio de todo esto: “Sí, vengo pronto”. ¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!” (Ap 22,20)¹¹. ¿Cómo se asume, entonces, el anuncio del Reino en la situación actual?

La proclamación evangélica: mandato para anunciar el Evangelio del Reino

El texto más utilizado e invocado para hablar de la gran comisión es Mt 28,16-20. En Marcos, el énfasis sobre la misión es ser testigos de Jesucristo. Para Juan, es ser enviados por la fuerza del Espíritu como comunidad del Resucitado. El evangelio de Lucas parte del mensaje liberador de Jesús como Jubileo, asumido por los discípulos convertidos en apóstoles para proclamar el Evangelio del Reino, a partir del Resucitado y el testimonio del Espíritu como agente misionero¹².

Por varias generaciones, misioneros y misionados del movimiento protestante que tomó impulso mundial a mediados del siglo XIX, han insistido en la versión de Mateo como clave para la misión evangélica. Se subraya el mandato de ir como avanzada del Reino a evangelizar. Este mandato emana de la autoridad de Jesús. Jesucristo resucitado comisiona a los discípulos para dispersarlos con un propósito: ¡Anunciar las bondades y reclamos del Reino! No es ni activismo social ni propagandismo eclesiástico, sino poner a disposición de la gente el evangelio de salvación, nueva noticia del amor redentor y perdonador de Dios dado por la vida

¹¹ Recomiendo dos libros importantes sobre estos temas: Justo L. González, *Jesucristo es el Señor. El señorío de Jesucristo en la Iglesia primitiva*. San José-Miami: Editorial Caribe, 1971 y Alberto Fernando Roldán, *Escatología. Una visión desde América Latina*. Buenos Aires: Cairos, 2002.

¹² Mortimer Arias y Juan Damián, *La gran comisión. Relectura desde América Latina* (Quito: CLAI, 1994), 3-110.

del mundo. El que venció la muerte convoca para la vida. La misión, según Mateo, es para ser cumplida en el tumulto de la ciudad, en medio de las crisis humanas, el sufrimiento, el dolor y la desesperación.

Una de las tareas esenciales encomendadas a la Iglesia es el discipulado, preparar y equipar a los creyentes para una vida de crecimiento en la fe. Hay que nutrir mental y espiritualmente a las personas para que enfrenten los retos y desafíos de vivir las experiencias cotidianas con una fe vigorosa. La vida cristiana no es una exención de los conflictos y luchas, sino una forma de responder con el Evangelio como buena noticia ante tanta mala noticia que asedia y confunde, produciendo perplejidad y confusión en el pueblo. Entonces, la formación de creyentes con carácter y principios es tarea fundamental de la Iglesia.

El discipulado en el seguimiento a Jesús es vivir con certeza y tomar riesgos aun en medio de las dudas y frustraciones. Por eso para hacer discípulos hace falta una buena enseñanza. Ello implica un serio estudio de la Palabra con una buena reflexión teológica que propicie destrezas pedagógicas que vayan forjando un modelo misional integral, sano y balanceado. No al fanatismo, no a la ignorancia, sí a la ponderación y la serenidad con buen discernimiento y razonamiento. Lo que se opone a la fe no es la razón sino la ignorancia. Un pueblo que no tiene visión, perece, dice Proverbios.

Ese discipulado tiene dimensiones universales, aunque es para cada raza, lengua, nación, toda la humanidad abrazada en Cristo. Existe en el Reino de Dios la oportunidad para que todo ser humano se desarrolle plenamente con su propia personalidad e integridad.

Para Mateo, el bautismo es la señal visible de la adhesión a Cristo y de la incorporación a su cuerpo que es la Iglesia. De allí se participa en la Cena del Señor como mesa de comunión y participación, anticipo del banquete mesiánico en el Reino. El bautismo es exigencia y respuesta a vivir las demandas del Reino; la Cena es gratuidad y perdón de Dios. Entonces, la vida comunitaria en la fe no es mero ritual o costumbre, ni rutina sacramental, ni rito de entrada cultural. Lo esencial es la incorporación a Cristo y a su Iglesia para ser testigos en el mundo.

“Enseñándoles a guardar todo lo que yo les he mandado”: esta es una dimensión ética para vivir responsablemente los valores del Reino, su justicia, perdón, amor, reconciliación. La radicalidad evangélica plantea el discipulado como algo costoso, es “gracia costosa”, decía Dietrich Bonhoeffer. El evento de la resurrección le ha dado autoridad a Jesús. La Iglesia esparcida por el mundo tiene autoridad para cumplir la misión de Dios. Esa misión se cumple por una obediencia evangélica y una

acción responsable (“Vayan, pues, y hagan discípulos”): “Solo el obediente cree”, decía Dietrich Bonhoeffer. Hay que formar creyentes en la fe, educarlos para ser libres (Ga 5), para el claro entendimiento de la fe (Rm 12).

El finado misiólogo y pastor Rubén Lores elaboraba un perfil multifacético sobre la Gran Comisión en Mateo. Hay una dimensión personal (el oyente se convierte en discípulo); una dimensión corporativa (los discípulos, los dones, la movilización hacia la transformación de las estructuras eclesiales y no eclesiales) y una dimensión universal (el universo gime y espera ser liberado, en la perspectiva de Rm 8)¹³.

El texto de Mateo termina con una nota de esperanza y certeza: la presencia cotidiana de Jesús resucitado es una realidad en medio de la historia de su pueblo. No importa que vengan tiempos y vientos contrarios; es imprescindible no perder la fe y la esperanza, hasta que triunfe su Reino de amor y haga nuevas todas las cosas. El llamado a proclamar el Evangelio del Reino es ineludible y en ello la Iglesia primitiva compartió su entusiasmo, tesón y visión, en medio de su fragilidad y sus imperfecciones. Aguardando con un Maranatha resonante: Ven, sí, ven, Señor Jesús. Hoy es tiempo de reafirmar los valores del Reino en la presente coyuntura que viven las iglesias, particularmente en la América Latina y el Caribe.

¹³ Rubén Lores, “Estudio exegético de la Gran Comisión Según Mateo 28:18-19”, en Orlando Costas, editor, *Hacia una teología de la evangelización* (Buenos Aires: La Aurora, 1973), 45-53.